



CAPÍTULO II

La región de Huelva en la Historia. — Período protohistórico: — los iberos. — Período histórico: — los fenicios; — los cartagineses; — los romanos; — los visigodos. — Huellas de cada uno de estos pueblos.

DIFÍCIL y sobremanera ocasionado, ha resultado siempre, al abrir el proceso histórico de un pueblo, todo cuanto se relaciona y se refiere á aquellas remotísimas edades en las cuales la huella del hombre por vez primera aparece y se manifiesta, después de los grandes cataclismos y revoluciones á que hubo de hallarse forzosamente sometida la obra laboriosa de la formación terrestre. Y por tan difícil y tan ocasionado es á todas luces reputado intento semejante, que no habrá de tildarse ni mucho menos de exagerada en este caso, la afirmación que proponemos en orden al pueblo que hubo de habitar entonces las regiones, hasta hoy oscurecidas ú olvidadas, del SO. de la Península Ibérica, confesando, no como camino para eludir tal estudio, sino

como consecuencia del mismo, que la Historia, es decir, lo que por Historia era vulgarmente entendido hasta no há mucho, ó sea el conocimiento exacto de las evoluciones realizadas progresivamente por el desenvolvimiento de la humanidad en el tiempo y en el espacio, es aún sobrado joven para formar idea de aquellas épocas.

Más que los restos, por humanos sin razón valedera admitidos, y que no sin frecuencia han sido hallados en el territorio jurisdiccional de la provincia de Huelva,—los útiles de piedra encontrados principalmente en las explotaciones mineras de la misma, bien que por desgracia no resulten ya todos ellos de la eficacia histórica apetecible, por el olvido en que los inventores dejaron el estudio de sus yacimientos respectivos,—prueba son con efecto, de que en aquel período antrópico, que llevan unos geólogos á la época ó sistema cuaternario mientras lo extienden otros al terciario, existía una raza en esta región del SO. de nuestra España, quizá la de Canstadt, contemporánea de la edad del Mammuth, al principio de dicho período cuaternario (1), ó la de Cro-Magnon, que al mediar del mismo período, expulsó en unos lugares á su predecesora, ó se confundió en otros con ella. Raza gigantesca la última, aunque no en la proporción que comunmente se supone, parecería su presencia acreditada sobre todo en las inmediaciones de la ciudad de Huelva, donde han aparecido los referidos restos óseos, si en realidad fuesen humanos, dando no obstante ocasión y motivo á afirmaciones hiperbólicas, apasionadas é inadmisibles, encaminadas todas, como principal ya que no exclusivo propósito, á enaltecer sobre modo la antigüedad de la población de Huelva, suponiéndola anterior á la edad diluviana. Pueril anhelo en que se extremen por punto general los escritores locales, tratando de exaltar la importancia de sus respectivas poblaciones nativas, con llevar la fundación

(1) La presencia de esta raza en las regiones meridionales de España ha sido acreditada por un cráneo encontrado en el campo de Forbez de Gibraltar.

y la existencia de las mismas, á épocas remotas y no bien conocidas aún, cual si de ello hubieran de obtener algún beneficio histórico de trascendencia.

Respaldando la huerta del convento de la Merced en Huelva, menciona con efecto, el cronista de la Orden, ciertas cuevas que hay en los altos cerros que tal servicio prestan, y refiere que en la misma «se hallaron grandes comprobantes de que antes del diluvio universal del mundo, fué habitada de hombres aquella tierra, porque vimos,—dice, en la creencia de que pertenecían á seres humanos,—huesos de algunos de ellos, de tan increíble grandeza, que mostraban haber sido las estaturas de sus dueños mucho más grandes que de disformes gigantes.» «Supimos de personas ancianas y fidedignas,—añade,—haberse hallado allí una calavera tan descomunal, que de industria nos abstenemos de decir lo que nos dijeron, por no poner nuestro crédito en balanza» (1). «En la misma Huelva, habiéndose desplomado un témpano ó gran trozo de aquel cabezo que respalda la casa del Catedrático, en la calle del Puerto,—escribe otro autor contemporáneo,—se descubrió en nuestros tiempos una canilla tan disforme, que sólo pudo ser de algún gigante». «No puede decirse,—prosigue,—que estos huesos de la huerta de la Merced, no fueron humanos, sino de enormes ballenas, como se dijo de otros, que aparecieron en la ribera de Haba, cavando la viña de doña Catalina Blanco, pues la calavera no pudo ser de ballena». «No há muchos años,—añade,—que en aquel valle de Carmona, donde está Nuestra Señora de Gracia, se descubrió

(1) Fr. Pedro de San Cecilio, cit., por Climent en su *Crónica de la provincia de Huelva*, págs. 10 y 11. Mientras la raza de Canstadt era de talla baja, pues sus individuos no medían sino 1^m68 á 1^m73 de altura, la estatura media de los de la raza de Cro-Magnon llegaba á 1^m78.—La primera era dolicocefala y platicéfala al propio tiempo, con 72 de índice cefálico y pequeña capacidad craneana, á causa del enorme espesor de los huesos, que ha resultado de 11 milímetros en algunos cráneos; la segunda era sólo dolicocefala. De aquí se deduce que los restos á que Fr. Pedro de San Cecilio aludía, no eran ni podían ser humanos, pues las razas que invadieron más tarde nuestra Península, tampoco tenían talla para semejante constitución ósea.

otra calavera semejante, cuyo ámbito era como un arnero, y habiéndola hecho pedazos los muchachos, conservaba sus monstruosas muelas el buen gusto del marqués del Saltillo» (1).

Por lo que hace á las armas é instrumentos encontrados también en la provincia, pareciendo evidente, por razón de los lugares en que hubo su invención principalmente de verificarse, que debieron ser utilizados en la explotación rudimentaria de los criaderos metalíferos,—viénesse en conocimiento de que en su mayoría pertenecen á un período intermedio ó de transición entre la edad de piedra y la de los metales, en la cual hubo de perpetuarse su uso, correspondiendo por tanto al período neolítico ó de la piedra pulimentada, y que por consecuencia, debe de existir lapso de tiempo verdaderamente estimable, entre la raza á la cual fueron referidos los supuestos restos humanos á que hacen relación el cronista de la Orden de la Merced y el autor antes citados, y aquella otra de quien son fruto los dichos instrumentos líticos, «no siendo fácil decidir,—como apunta un escritor,—si el enterramiento de aquellos útiles se originó por ocurrir repentinos hundimientos que no diesen lugar á recogerlos, ó porque, inutilizados por el trabajo, según hace sospechar el estado de su mayor parte, principalmente de los martillos, quedasen abandonados en los sitios de labor», como inaprovechables (2). Martillos ó percutores, hachas, escoplos, pesas y aun cierta especie de amuletos, recogen no sin frecuencia los campesinos al labrar sus tierras, y con relativa abundancia aparecen en determinados sitios, y á las inmediaciones de algunas minas,

(1) CLIMENT, *Crónica de la provincia de Huelva*, pág. 11, citada. Respecto de estas afirmaciones, contradichas hoy por la ciencia, y á todas luces erróneas por hallarse demostrado que no existió nunca la raza de los gigantes,—debemos hacer observar que de los restos hallados en las inmediaciones de Huelva, quizás algunos podrían ser humanos; pero la mayoría lo fueron seguramente de animales cuya especie no es dable conocer por las indicaciones copiadas arriba.

(2) GONZALO Y TARÍN, *Descrip. física, geológ. y minera de la prov. de Huelva*, tantas veces citada, t. II, 3.^a parte, pág. 17.

como si en tales parajes «hubiera establecidos verdaderos talleres para la fabricación» de semejantes instrumentos.

«La mina de *Monte-Romero*, en término de Almonastér la Real, en donde abundaba el cobre nativo,—dice el escritor de quien tomamos estas interesantes noticias,—debió, sin duda alguna, ser... una de las primeras explotadas; tanto es así, que en el año 1879 se encontraron, al desatorar trabajos antiguos, varios martillos de piedra... formados de la roca porfídica que se encuentra en la proximidad del yacimiento piritoso de ese nombre (1). «Son,—prosigue,—de figura elipsoidal más ó menos aplanada, con una cintura en el medio cuidadosamente labrada,» según la estructura común de esta clase de instrumentos, «en la cual se adaptaría el cabo de madera que en forma de horquilla abrazaría al martillo, sujetándolo con tiras de cuero, ó bien se ataría á dicha cintura la cuerda ó correa merced á la cual se emplease el útil con movimiento circular». Análogos á los de *Monte-Romero* son los martillos ó percutores hallados en los criaderos de la sierra de Tejada «en la parte sudeste de la provincia, y en las sierras de Aroche y Encinasola, al noroeste, en todas las cuales dominan los yacimientos de especies mineralógicas de alta ley en cobre».

«Los trabajos antiguos,—continúa,—son numerosos y con caracteres semejantes en ambas comarcas, habiéndose hallado herramientas de piedra en todas aquellas minas donde estos últimos años se han ejecutado trabajos de limpia». «Así es que en las concesiones mineras hoy denominadas *El Diamante* y *La Victoria*, correspondientes ambas al término de Encinasola, y situadas entre los tornos ó revueltas de la rivera Múrtiga, en el sitio de los Guijarros la primera, y en El Juncal la segunda, se han encontrado martillos semejantes á los de Monte-Romero, y además picos, también de piedra; con la circunstancia notable,

(1) Figuraron en la instalación hecha por la Sociedad minera de *La Cueva de la Mora*, en la *Exposición de Minería* celebrada en Madrid el año de 1883.

—observa,—de que en el período en que esas herramientas se emplearon, era ya conocido el hierro, puesto que en una de las excavaciones rehabilitadas en la mina *La Victoria*... se encontraron punterolas pequeñas de ese metal entre un montón de más de 40 herramientas de piedra». «Las punterolas de hierro á que nos referimos, miden unos 15 centímetros de largo; su sección transversal es cuadrada, y la forma general de cuña». «Finalmente,—concluye,—junto á las labores superficiales de la mina *El Diamante* se encontró una herramienta de piedra en forma de pico, y además muchos martillos de distintos tamaños, habiéndolos tan grandes que bien puede suponerse debían de ser manejados á dos manos» (1).

Labrados unos y otros instrumentos en rocas hipogénicas de las sierras propias de esta provincia, tales como pórfidos y diabasas, con la circunstancia al propio tiempo de aparecer dichos testimonios protohistóricos repartidos en el territorio onubense (2), acredita el hecho de que los habitantes del mismo,—anteriores y contemporáneos de la edad de los metales, por ellos conocidos cuando los explotaron,—llevaban larga permanencia ya en estas regiones, donde las antiguas orientales influencias habían seguramente desaparecido á la sazón, según hace semblante de persuadirlo por innegable modo, el que no se haya aún descubierto en tales comarcas ninguno de «aquellos raros y peregrinos utensilios de piedra pulimentada en que se muestra jadeíta, nefrita y verdadero jade oriental, sustancias de que no se hallan criaderos en... Europa,» y que «puede

(1) GONZALO Y TARÍN, op. cit. págs. 19 y 20.

(2) Demás de los criaderos de Contienda de Moura, se encuentra este linaje de utensilios en las Sierras de Rite y de Tejada, al SE. de la provincia; en la Sierra de Aroche; Cueva del Monje; barranco del Hondillo, término de Paterna; en la mina de *La Barcita* y barranco Abadejo; entre los escombros de las antiguas excavaciones de la mina *La Coronada*, término de Calañas, y en *La Zarza*; en Valverde del Camino; en Alosno, y en otros muchos puntos. Véase las págs. 20 á 22 del t. II de la interesante obra del Sr. Gonzalo y Tarín, arriba citada. Muchos de dichos objetos, hallados en las minas de Río-Tinto, formaban allí cierta especie de Museo que ha desaparecido por desgracia.

creerse» revelan el paso ó permanencia en nuestra Península de los «antiguos Medos, ó cuando menos» de «naciones afines ó de su proximidad» inmediata (1), durante el período neolítico, á que pertenecen en su última etapa de transición los instrumentos hallados en esta provincia de Huelva.

Diputando no sin justicia de «ociosas» muchas de las «reñidas controversias en que fatigaron tantas ingeniosas y eruditas plumas, acerca de la diversidad de ciertas antiguas razas de la Bética, y de algunas contradicciones que parecen notarse entre los cosmógrafos griegos y latinos»,—uno de los más galanos y eruditos escritores de nuestros días, siguiendo á Festo Rufo Avieno, define el territorio de la circunscripción provincial de Huelva, adjudicándole á los turdetanos, y advirtiéndole que «no sólo variaban los nombres de las gentes ó tribus de una misma raza por las comarcas ó regiones en que se hallaban establecidas, sino á veces por la mera forma, ya púnica, ya griega, ya latina, de la nomenclatura adoptada por los antiguos cosmógrafos é historiadores». «Así, por ejemplo—dice,—su posición geográfica occidental hizo extensivo el nombre de *Tartésios* á todos los pueblos de la costa desde el Betis hasta el Estrecho: la forma de la nomenclatura hizo de los turdetanos dos tribus diferentes, *turdetanos* propiamente dichos en lengua púnica, y *túrdulos* en lengua latina; y sin embargo—concluye,—tartésios, túrdulos y turdetanos eran todos una gente misma, sin más diferencia que llamar túrdulos ó turdetanos á los pobladores de toda la tierra comprendida en las que son hoy provincias de Córdoba, Sevilla y Cádiz, y tartésios á aquella parte de los mis-

(1) D. FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, *Primeros pobladores históricos de la Península Ibérica en la Historia general de España*, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, págs. 75 y 76. El Sr. Fernández y González apoya su juicio en el testimonio del eminente naturalista Sr. Quiroga, expuesto en la sesión celebrada por la Sociedad Española de Historia Natural el 1.º de Diciembre de 1880, y entre otros, en la *Compte rendue* de la 6.ª sesión del *Congrès international d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques*, celebrada en Bruselas el año de 1873, págs. 354-359.

mos que poblaban la marina, por caer al occidente del mundo antiguo» (1), según justificaba «la expresión de Ovidio» por el mismo escritor citada:

Fresserat occiduus Tartesia litora Phoebus (2).

Y con verdad que, aun á despecho de modernísimas y muy pacientes investigaciones, dignas de entero aplauso, resultan de tan extraña confusión las noticias recogidas en orden á este particular interesante de nuestra nacional historia, que, poco puede realmente de provechoso obtenerse de ellas, sobre todo en lo que respecta á esta región occidental de España, cuyo nombre de Tharsis ó bien Tarteso (3), sobre indicar según Betham el *Tharsis* bíblico, ó sea la *ultima terrae* de los clásicos,—«en la geografía incierta de los antiguos, á quienes de propósito engañaron los suspicaces y recelosos fenicios, propagandistas del libre tráfico, fué por largo tiempo una voz vaga y genérica, semejante á la de nuestras Indias», y apelativo «que aplicaron indistintamente, ya á una región entera, ya á una ciudad, ya á un río, los autores que escribieron para Roma», creando así dificultades á que los romanos pusieron término, dando en conjunto á la zona meridional de la Península «el nombre de Bética, del río Betis que fertiliza sus más preciosas comarcas» (4). Abundante en islas y muy especialmente en esteros, producidos, como es evidente, por las aguas del Atlántico, que remontaban «á las veces hasta 400 y más estadios (unos 63 kilómetros) tierra adentro», esparciéndose «en dilatadas campiñas»,—venía á resultar en estas regiones del Sudoeste, que eran «alternativa-

(1) D. PEDRO DE MADRAZO, tomo de *Sevilla y Cádiz* en esta misma obra ESPAÑA, pág. 34.

(2) *Metamorph.*, 15.

(3) «Brochart explica así la corrupción de *Tharsis* en *Tarteso*: de la voz *Tarsis* sacaron los fenicios las de *Tarseio* y *Tarseilas*, de que fácilmente pudo provenir *Tarteso*, duplicando por pleonasma la primera letra ó mudando la s en t, como cuando se lee *Aturia* por *Asyria*» (Nota del Sr. Madrazo).

(4) FORD, *Hand book for travellers in Spain*, SECCIÓN II, ANDALUCÍA, cit. por el Sr. Madrazo.

mente puertos de mar, lugares por otra parte mediterráneos, según ocurría con Ossonoba, Onoba, Asta, Lebrija y Menoba (1), apareciendo cual islas montes apartados de costa marítima, no sin producirse á la continua por ministerio de tales invasiones y retiradas del mar, sorprendentes trastornos y mudanzas dignas de estudio, ya desapareciendo tierras cultivables y bosques, ya engendrándose nuevos lagos, ya convirtiéndose, en fin, en montes de arena» (2).

«Influyeron de antiguo tales circunstancias del suelo...—continúa el escritor de quien copiamos,—en el ánimo é industria de sus moradores, los cuales, en lucha con el elemento líquido, que les combatía, así en el interior como en las costas..., formaron hábitos á propósito para domeñarlo»; y «advirtiendo que los esteros podrían servir para el oficio de ríos, labraron moradas y ciudades en dichos lugares, como si estuviesen en la proximidad de aquellas fluviales vías» (3), remontándolas en barcos de cuero (4), y proveyendo así «con baratura ciudades cuyas comunicaciones eran algún tanto difíciles» (5). Parece pues resultar de aquí, en primer término, que la primitiva población de esta comarca estuvo compuesta de trogloditas ó Igletas, habitantes de los lugares pantanosos (6), entre quienes hicieron morada un tiempo los Cempsios, refugiados en la isla *Cartare*, no lejos de Onuba (7), apareciendo después allí los piadosos Etopes, *hiperbóreos*, *hespérides* y *macrobios* que habían permanecido en la isla *Erytrea*, y que pasaban luego al Africa (8),

(1) ESTRABÓN, *Rerum geographicarum*, lib. III, cap. II.

(2) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Op. cit., pág. 16.

(3) ESTRABÓN, Op. et loco citis.

(4) Estrabón (Op. cit., lib. III, cap. III) recuerda con efecto que «los Lusitanos, hasta los tiempos de Bruto, navegaron en barcos de cuero por esteros y lagunas, y aun en su tiempo eran muy raros los monóxilos ó canoas de un tronco» (Nota del Sr. Fernández y González).

(5) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Op. cit., págs. 16-20.

(6) Id., id.

(7) Id., id., págs. 14 y 45, nota.

(8) Id., id., págs. 55 y 73.

como aparecían los persas, poco antes ó al mismo tiempo que los Iberos invadían el suelo de la Península (1), momento en el cual parece regularizarse algún tanto la relación histórica, encauzada por las noticias de los escritores, y muy principalmente por los monumentos mismos.

Gente ibérica pues, era la que lograba al cabo establecerse en estas comarcas, y la que con los nombres de túrdulos, turdetanos y tartesios, repartía entre sí el territorio andaluz, los unos en las comarcas de Córdoba y Sevilla, y en las de Cádiz y Huelva los otros, separados por el antiguo *Crysos* ó Guadalete. De origen turanio, cual los vascos, según se pretende en nuestros días (2), estimábalos Estrabón, y aun se estimaban ellos mismos, como «los más doctos de los Españoles», pues en sentir del geógrafo de Amasia, «usan de gramática y tienen monumentos escritos de mucha antigüedad, y poemas y leyes en verso, desde seis mil años há, según dicen» (3), lo cual, singularizándolos ventajosamente con relación á sus afines los demás habitantes ibéricos de la Península, pone de manifiesto la excelencia de su cultura, muy superior á cuanto de aquella edad remota podía ser sospechado, y en íntima correspondencia respecto de lo que acaecía en orden á los pueblos turanios del Asia, quienes también «poseían documentos escritos de no menos calificada antigüedad, y aun de mayor que los Egipcios y los Chinos» (4).

Fundadores de ciudades y de poblaciones de varia importancia, y obedeciendo la ley general á que se muestran subordinadas todas las razas colonizadoras,—el recuerdo de los accidentes y de las circunstancias de la lejana patria nativa, vivo siempre en los iberos, obligábalos á dar á los ríos y á los lugares, nombres «que tienen sus correspondientes en el mundo escítico hacia

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Op. cit., pág. 72.

(2) Id., id., pág. 115.

(3) Op. cit., lib. III, cap. I.

(4) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Op. cit., pág. 114.

los alrededores del Cáucaso y del mar Caspio», según entre otros muchos reconocidos ya por los autores, ocurría con el de *Illípula*, hoy Niebla, población de cuyo más ó menos cambiado apellido existieron varias en España, y cuya formación filológica no deja lugar á duda, como, supuesta la identidad de los iberos y de los vascos, denominaron *Urión* ú *Orión* al que los romanos llaman *Urium* y Avieno *Hiberus*, vocablo que aplicado al Río-Tinto, interpretaron los árabes por río de Aceche ó del Cobre, «en armonía con la significación que corresponde á dicha palabra, á derivarse, según parece, de las raíces que dieron nacimiento al sumir *Urudu* y al vasco *Urraidá*» (1), con análogo sentido. Conocedores de los metales, que utilizaban con pasmosa frecuencia hasta en la construcción de las murallas con que ceñían los turanios sus ciudades y fortalezas (2), gente ibera fué, por modo incuestionable, la que explotando las minas de estaño de Mértola, beneficiaba á no dudar los criaderos ferro-cobrizos de la provincia de Huelva, empleando no sólo las herramientas de hierro, de que aún aparecen vestigios, cual quedó insinuado, sino principalmente los instrumentos de piedra, de uso más general, conservado por las tradiciones, y de mayor economía, pues en los trabajos mineros debió ocuparse la población para los iberos indígena, y compuesta de los varios amalgamados residuos de las razas que en edades anteriores poseyeron estas felicísimas comarcas.

A ellas con efecto, diez y seis siglos antes de la venida del Redentor del mundo, llegaban desde el África, á donde habían

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Op. cit., pág. 93. Plinio (*Hist. Nat.*, lib. XXXIII, XXI), «llamaba también *Urium* á la tierra de escorias de oro, cuando forman lodo ó agua turbia; pero semejante significación puede ser resultado de un tropo de lenguaje tomado del color del río *Urión* ó *Tinto*» (Nota del Sr. Fernández y González).

(2) Refiriéndose á los atlantes, decía Platón (*Critias*) al hablar de las ciudades: «Y habían rodeado de bronce (*χαλκῷ*) toda la extensión exterior, como si le hubiesen cubierto con una capa de pintura, y la de estaño licuescente, y el contorno de la ciudadela con oricalco (*ορείμαξο* = cobre de las montañas), que despedía rayos como el fuego» (Nota del Sr. Fernández y González, Op. cit., pág. 156).



huído después de las victorias de Josué, que les arrebataron la codiciada tierra de Canaán, aquellos fenicios gergeseos y jebuseos que, perseguidos por los africanos, luego de fundada Tánger, cruzaban el Estrecho y se hacían fuertes en las riberas andaluzas. «Desde aquella hora—dice con galana frase un escritor moderno—las naves de Tiro y Sidón, á estímulo de codicia, ó para desembarazarse de pueblo inútil, envían sin cesar colonos, que al fin se apoderan de nuestra hermosa y rica Tartésida, por negligencia de sus alegres é incautos moradores» (1). Y así fué con verdad y para desdicha de aquella turania gente, la más docta entre los iberos: pues ya se estime como causa de la presencia de los fenicios en la Península la consignada, ya la que, contradiciendo el testimonio de Estrabón, es por otro escritor contemporáneo nuestro aducida (2), lo cierto es que en época remota era para tal pueblo conocida Iberia, como lo era también la Tartésida, á donde «tal vez las de la flota de algún antecesor de Hiram fueran las primeras naves fenicias que atracaron á nuestras costas», como apunta el escritor á quien aludimos, después de consignar que «el gran poder y próspero comercio

(1) D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA, *Discurso de contestación al de recepción del Sr. Rada y Delgado en la Real Academia de la Historia*, págs. 129 y 130.

(2) D. Pedro de Madrazo afirma que fué en la época de su mayor engrandecimiento cuando los fenicios debieron llegar á las costas españolas, porque «el tiempo en que el famoso conquistador de la Tierra Santa desalojó de Tiro á los fenicios no parece muy oportuno para que éstos, arrojados de su patria y prófugos, viniesen á España una, dos y tres veces, como refiere Estrabón, y más presumible es que una vez ahuyentados por Josué, no pudiesen volver á su patria.» «Ni los fenicios—añade—estaban en aquellos tiempos en tan alto grado de prosperidad que pudiesen enviar colonias y flotas para aumentar y extender su comercio y extraer de España riquezas.» «Estas empresas—concluye—requieren días pacíficos y un estado floreciente, y ni una ni otra circunstancia lograban en tiempo del formidable Josué» (*Sevilla y Cádiz*, pág. 56). Con este parecer hace semblante de coincidir en parte el docto ingeniero D. Joaquín Gonzalo Tarín, escribiendo: «El engrandecimiento de la ciudad de Tiro se debió precisamente al satisfactorio resultado que tuvieron las expediciones de los fenicios á nuestras costas, y la época de mayor producción de metales en la actual provincia de Huelva debió corresponder hacia el año 1013 antes de Jesucristo, ó sea el primero del reinado de Salomón, cuando las flotas del rey de Judea marchaban unidas con las de Hiram, rey de Tiro, haciendo juntas su comercio en la gran región del país de los tartesios» (*Descripc. física, geológica y minera de la prov. de Huelva*, t. II, pág. 26).

de los fenicios fué en tiempo de sus reyes», entre quienes Hiram, manteniendo amistad y alianza con David y con Salomón, enviaba sus bajeles con los de este último «á la región de Ophir, y una vez cada tres años á la exuberante tierra de Tharsis» (1).

Sea sin embargo en una ú otra ocasión, pues este es punto que no pretendemos dilucidar nosotros; ya aparecieran por vez primera los fenicios fugitivos y desarraigados temerosamente de su patria por la triunfante espada de Josué diez y seis siglos antes de nuestra Era, ya vinieran cinco después,—parece resultar de cierto que en su segunda expedición á España, movidos por la codicia de las riquezas logradas en la primera, recelando de sus comarcas que «estaban á la mira», y «disfrazando su designio, mudaron sus armas y divisas: pusieron en las popas y proas de los navíos ramos de olivo, árbol que abunda en Fenicia más que en otras partes del Asia menor, y esta vez no se detuvieron á la entrada del Estrecho, sino que, más resueltos y experimentados, calaron en él ciento cincuenta estadios, ó cuarenta y siete leguas, y llegaron, según dice Estrabón, á una isla consagrada á Hércules Egipcio, situada al frente de Onoba», donde su expedición tuvo término, marcándole como en el Estrecho lo habían practicado por medio de columnas, «que según un erudito comentador de Estrabón... (2), debieron estar erigidas en la isla de Saltes (3).» No fué ésta la postrera de las veces que los navíos fenicios llegaban deliberadamente á los mares de la Península, ni hubieron tampoco de contentarse con las riquezas hasta entonces obtenidas, pues repitiendo tiempo después su viaje, no sólo se establecían ya en las costas meridionales de España, sino que se extendían por el litoral de la una y de la otra parte, fundaban factorías y ciudades, é internándose por el Atlántico, llegaban hasta Cornuailles, haciendo puertos de escala entre otros,

(1) MADRAZO, *Ibidem*.

(2) «RUI BAMBÁ, en sus notas inéditas á Estrabón. Ms. de la R. Acad. de la Historia» (Nota del Sr. Madrazo).

(3) MADRAZO. Op. cit. pág. 58.